

Nadie es lo que parece

Sandra Leal Larrarte*
Universidad del Quindío

Recibido 15-06-2016 / Aceptado 10-07-2016

La turba se agolpó frente a la casucha de madera, en la que la yerba comenzaba a crecer por entre las juntas. Un par de ojos temerosos se asomaron por una rendija, pero tan sólo pudieron ver el odio en los demás. Las ventanas estaban clausuradas con unas tablas clavadas a través, como solían hacerlo algunas familias que se marchaban con el fin de hacer algún dinerillo lejos para luego regresar; creían que así protegerían sus enseres, pero realmente nunca regresaban, ni protegían sus pertenencias.

El frío no amedrentó a los aldeanos, como tampoco los asustaron las maldiciones ni el ataque de los perros que ella mandó contra sus perseguidores. Estaban parados ahí, frente a la puerta, con sus antorchas levantadas esperando. Bastaría tan sólo una incitación, una palabra, un movimiento brusco o un grito y la choza ardería. Al parecer la expectativa de un linchamiento los excitaba más que pensar siquiera en la posibilidad de que se estuvieran equivocando en su juicio, como tantas veces ella lo había gritado.

Miró a su alrededor buscando algo que la pudiera salvar, una puerta, una abertura que nadie hubiera visto, algo que le permitiera escapar. Sólo encontró escombros, restos de los muebles y utensilios de la gente que antes habitó ese lugar. Pensó rápido, los cuencos oxidados, los restos de pólvora que podían quedar en el arcabuz que estaba colgado en la pared, un pedazo de estiércol seco. Meditó un segundo y se dio cuenta que con eso podría fabricar algo que los asustaría. No lo sabía, pero en un futuro alguien llamaría a aquello Sal de Chile.

--¡Salga bruja! Si no quiere que la quememos ahí dentro.

Los gritos sólo hicieron que se apurara. Rompió parte de su andrajoso vestido, el mismo que la acompañaba desde que tenía quince años cuando la comprometieron con el boticario Theobald y nunca más se lo había quitado, porque nunca tuvo dinero para comprarse uno nuevo. Ni siquiera para el entierro de su marido. Pensó un segundo en él, aunque ella lo odió desde el primer momento, él le enseñó cosas importantes para poder vivir sola e independiente. No importaba que todos dijeran que lo había matado con sus artes, ni que ella mataba a todos los hombres que se le acercaban; era una desgracia que tantas personas murieran por la fiebre, mientras que ella no enfermaba, por eso la odiaban. Miró la mezcla, estaba perfecta, formó un taco con un resto de madera hueca y usando la yesca que siempre llevaba en su bolsillo encendió la punta del retazo.

--¡No me maten! Quitaré una tabla. Quiero hablar con ustedes.

* Magíster en Ciencias de la Comunicación. Docente de planta de la Universidad del Quindío (Armenia, Colombia), adscrita al programa de Comunicación Social – Periodismo. Líder del grupo de investigación Semióticas de Ficción –SMIFIC-. sanarida70@gmail.com

--Qué tiene que decir --exclamó un hombre calvo tan pronto ella se asomó-, admita quién es y ruegue por su alma.

--Ya lo saben, soy bruja.

Tan pronto los aldeanos vieron asomar su cabeza, hicieron expresión de asco. Era la cabeza de una mujer madura, de cabellos largos, tan revueltos, que los pájaros podrían anidar en él. Echó un vistazo al grupo, todos estaban juntos, fue el momento preciso para tirar la mezcla que al contacto con el fuego de las teas estalló produciendo una estruendosa explosión de potente luz blanca que los encegueció a todos. Fue suficiente. Le ofreció los segundos necesarios para irse de ese lugar. Los esquivó a todos, corrió, corrió rápido, no era tan vieja como creían y el miedo siempre resulta ser un buen incentivo para que las piernas funcionen mejor.

Cuando escuchó a lo lejos el aullar de los perros con que la seguían, decidió meterse en las aguas del río, nadó unos metros hasta las raíces de un árbol por el que trepó hasta su alta copa. Los animales no pueden olfatear sobre el agua, eso lo supo una vez que vio cómo un ciervo confundía a los perros de los cazadores después de adelantarlos con sus saltos por el río. Ese día estaba recogiendo algo de tomillo salvaje para una infusión con miel y limón, con ese remedio le curó la tos al niño de los Schuster, aparentemente salvarlo no era una razón suficiente como para que no apoyaran su castigo por ser libre. Michael Schuster estaba entre los que la acusaban, llevaba una antorcha acompañada de esa mirada asesina que todos tenían.

Vio a sus perseguidores pasar de largo, sin notarla. Pero no se iban a rendir tan rápido, así que se acomodó lo mejor que pudo, dispuesta a pasar un par de días ahí. Afortunadamente era una esparraquera, muy pocas personas sabían que sus hojas se podían comer y los huevos del nido de gorriones que había en una rama le darían fuerzas. Usó el

tiempo para hacerle una punta a las pequeñas ramas que tenía cerca. Una lanza siempre es necesaria, sobre todo en circunstancias como esas. Recordó los largos años junto a Theobold, en realidad fueron sólo cuatro, pero qué largos le parecieron con sus golpizas y sus borracheras. Una vez fue al sacerdote para pedirle ayuda.

--Mi niña -le contestó haciendo un puchero, se veía estúpido-. Debes ser paciente y más atenta con tu marido. La vida de los hombres es difícil, tienes que entenderlo. Trabajamos todos los días, buscamos la manera de llevar comida a la casa y eso no es fácil. La vida de casada puede ser placentera si te portas bien con él.

--Entonces, padrecito, paciente y atenta significa que me debo dejar golpear todo lo que él quiera y luego, así medio muerta del dolor, ¿cuándo él me lo pida debo acompañarlo en el lecho?

--De veras lamento que tengas que padecer eso, pero tienes que soportarlo. Dios lo dispuso así hija mía, es una prueba que tienes que soportar. Lloró por mucho tiempo recordando esas palabras. ¡Cómo si la vida de una mujer fuera más fácil! Cocinar, lavar, planchar y soportar los berrinches del marido ¿no merecían que él fuera "paciente y atento", con ella? Prometió no escuchar más a una persona que nunca se había casado, que nunca había vivido con nadie y que respondía a un libro en el que le decían que las mujeres eran objetos mancillados por el pecado.

--¿Cuál fue el pecado de la mujer? ¿Simplemente comerse una manzana? Todos hemos comido manzanas alguna vez, si es pecado deberíamos acabar con esas frutas-. Preguntó alguna vez en la catequesis, todos la miraron como si dijera la burrada más grande. Parecía que era algo demasiado obvio.

--¿Cuál fue el pecado de la primera mujer? --respondió el sacerdote en tono sarcástico-. La desobe-

diencia. Comer el fruto del árbol de la sabiduría, el árbol prohibido por Dios.

En ese momento lo comprendió, el pecado no era la manzana, sino el conocimiento. El error de Eva fue compartirlo con su pareja. Pero, todo había que reconocerlo, el mejor logro de los hombres fue hacerles creer a las mujeres que eran libres y que eran las que incitaban al pecado con su sola existencia.

Un sonido la asustó obligándola a bajarse del árbol y comenzar a correr a campo traviesa. Un cervatillo y su madre corrieron al verla, entonces recordó aquella vez cuando tuvo la oportunidad de ser madre.

--Qué haces viendo a ese hombre, mujer del demonio --le susurró Theobold enterrando sus pesados dedos en el brazo y la arrastró por la calle hasta la casa, mientras ella miraba a todos suplicante.

-

-Te lo juro Theo, no veía a nadie en particular... recuerda que estoy embarazada.

Al otro día le tocó arrastrarse hasta el río para lavar sus heridas y su hijo desapareció de su vientre. Fue tanto el dolor, que deseó secretamente que él también lo sintiera. Sin embargo, no tenía medios para defenderse. Perdió todo sueño, toda ilusión, sin saber qué más hacer volcó todas sus energías en un proyecto y convirtió su casa en la pastelería exclusiva de su marido.

Lo alimentó de dulces aderezados con un poco de raíz de mandrágora y todos saben que cuando se come así se termina en una depresión. Pero quizá fue mucho, él comenzó a tener miedo, a sentir que lo perseguían y decidió que debían ocultarse en medio del bosque, aislándola del poco contacto humano que tenía. Entonces la tristeza, la nostalgia, el miedo, todos los horribles sentimientos fueron mutuos. Decidió seguirlos cultivando, era la única venganza que podía tener. Sembró

hierbas dulces en la entrada: hierba mora, belladona, hinojo, albahaca, para darle la sensación de tranquilidad sin que se le quitara el miedo. A diario hacía pasteles que colocaba en su ventana para que él se los comiera, de su chimenea todos los días salía el dulce olor de las colaciones que preparaba. "La casita de dulce", solían llamarla los de la aldea cuando su esposo le permitía ir al pueblo a vender pasteles.

Theobold comió y bebió más de lo que su cuerpo pudo soportar, los pies y las piernas se le fueron hinchando como si quisieran flotar, su cuerpo comenzó a hervir, su respiración se hizo difícil, hasta que un día dejó de comer. Y aunque suplicó por ayuda, ella sólo lo miró y sus ojos lo acusaban. No tuvo que hacer nada, esperó hasta notar que su respiración se detenía. Murió solo, en angustia y con mucho dolor. Como se lo merecía.

--Siempre odié a las de tu clase --fueron las últimas palabras de su esposo, y sabía que con eso se refería a cualquiera que usara falda.

Un perro se quedó olfateando el árbol donde recién había pasado, sin pensarlo apuntó con todas sus fuerzas y lanzó una de las ramas que había arreglado. El animal chilló tan sólo un segundo antes de caer muerto. Ese sitio ya no era seguro, así que a pesar de que el río le impedía avanzar rápido transitó por su orilla hasta el otro lado del bosque y siguió corriendo por unas horas más.

Esa no era la primera vez que huía. Cuando se enteraron de la muerte de su esposo, comenzaron a hablar de ella en el pueblo, la culparon de su muerte, pero a él nunca lo culparon de las golpizas ni de que su hijo nunca naciera. Para ellos, él no era culpable de nada. Empezó a alejarse de todos, primero visitaba sólo una vez al mes el pueblo, luego cada seis meses y cuando entendió que sabía desenvolverse en el bosque, no volvió. Huyó del contacto humano. Así vino el aislamiento y la soledad. No se dio cuenta de los rumores que

dejó atrás, una mujer que era capaz de responder de sí misma, que conocía la naturaleza, que vivía sola sin el soporte de un hombre, causó agitación.

Siguió corriendo, la falda estaba empapada con el agua fría del río, esto la hacía pesada y difícil de manejar. La naturaleza era una vieja amiga, desde que Theobald decidiera trasladarse a aquella choza convirtió el bosque en su propia escuela. Correr era una necesidad, cada vez que de pronto se encontraba con alguien prefería esconderse a dejarse ver, eso le enseñó a reconocer los escondites, algo que ahora que todos la seguían para matarla le resultaba muy útil. Se había aislado por tanto tiempo que olvidó cómo actuar entre las personas, el lenguaje se le hizo ajeno, las costumbres sociales se volvieron extrañas, incluso olvidó su nombre. Pasaron algunas décadas, y ocurrió que la primera vez que volvió a ver una persona fue un niño asustado y grosero que la llamó “bruja”, así que después de eso todos repitieron la misma palabra por lo que creyó que ese era su nombre. Un chapoteo en el agua la distrajo de sus recuerdos, miró hacia ese lado pero no divisó nada, probablemente una ardilla había tirado su comida al río. Dio media vuelta y siguió por una trocha olvidada marcada en la orilla.

Con el paso del tiempo la gente reconoció sus conocimientos sobre plantas, siguieron viniendo a preguntar por nuevos remedios. Comenzó a ayudar a los enfermos, curó heridas, desvaneció fiebres, quitó dolores, atendió partos, pero nada de eso logró que la vieran como a alguien valioso. Los rumores hablaban de una bruja, pero ella nunca entendió que era en términos peyorativos, no se dio cuenta que la consideraban una hereje;

tampoco lo hubiera contradicho, después de todo el sufrimiento causado por su marido, con la anuencia del sacerdote, la hicieron una descreída y nunca más regresó a la iglesia.

Un día llegaron a su casa dos pequeños, una niña y un niño.

--Estamos perdidos --exclamaron en medio de sollozos.

--Yo soy Gretel --dijo la niña y luego señaló al niño, menor que ella-, él es Hänsel.

Los alimentó, los cuidó, los ayudó y justo cuando creyó que tendría un par de aprendices llegaron “a rescatarlos”. Los hallaron por los lazos del cabello de Gretel que fueron quedando atrapados en los arbustos del bosque. Ya conocía al papá, Werner Fuchs el escribano del pueblo, un hombre huraño y grosero del que se decía era brutal. Los niños se habían escapado y quizá por temor al castigo, o simplemente porque eran tan malos como su progenitor no agradecieron nada de lo que ella hizo. ¿Qué fue lo que dijeron apenas vieron a su padre?

--Ella nos obligó. Nos encerró aquí.

--Nos quería comer, tiene un horno enorme en el que cocina a los niños.

Así fue como terminó rodeada de aldeanos con antorchas que querían incinerarla viva. Que le repetían la palabra “bruja” como si fuera veneno. Su única opción era salir de la región hasta llegar a un lugar donde nadie la notara, o más bien donde pudiera ocultarse por el resto de su vida. Como siempre debió haber sido.